



VIII CENTENARIO / EX ALUMNOS ILUSTRES

Juan Manuel Nieto Nafría. EXRECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE LEÓN

“Es necesario que el Congreso y el Senado acojan un debate serio sobre universidad”

Teniendo presente el Octavo Centenario, Nieto Nafría considera esencial que durante los estudios universitarios se enseñe “la historia de la institución en la que se está cursando la carrera”. Alumno de la primera promoción de Biología, recuerda con satisfacción el arranque de la facultad aunque algunas materias estuvieran “algo cojas”

BERTA BAZ | MADRID

JUAN Manuel Nieto Nafría (Cáceres, 1948) pertenece a la primera promoción de licenciados en Biología por la Universidad de Salamanca. El que fuera decano de la Facultad de Biología de la Universidad de León, y rector de esta institución entre los años 1986 y 1990, está considerado uno de los entomólogos más prestigiosos de nuestro país. Durante dos etapas compaginó la actividad académica con la dirección de la entidad Caja España. Ya jubilado, pero con la condición de emérito, el catedrático de Zoología ha sido nombrado ‘Abuelo de oro’ por Mensajeros de la Paz por “tener ochos nietos naturales” e incontables estudiantes que han pasado por su aula.

—¿Qué agradeció y qué echó en falta en sus años de facultad?

—Agradecer todo, absolutamente todo, y echar en falta una mejor formación en algunos campos de la biología que a los alumnos de entonces nos quedaron cojos. Debido a la época, y que éramos la primera promoción, la Facultad de Biología presentaba carencias que con los años se fueron solventando.

—¿Por qué escogió Salamanca?

—A finales de la década de los 60 sólo había cinco facultades en España que impartieran Biología: Madrid, Barcelona, Navarra, Sevilla y Salamanca. Hice el primer año de la carrera en Valencia —entonces el primer año de Ciencias e Ingeniería era común— y en segundo me marché por una decisión familiar a Salamanca, ya que no me apetecía irme a una ciudad grande. El traslado de expediente fue inmediato porque el plan de estudios era el mismo en todo el país. Me decanté por Biología porque me interesaba

mucho saber por qué y cómo estaban clasificados los animales. Desde que era un niño tenía atracción por la taxonomía.

—¿Cómo recuerda su etapa universitaria en la ciudad?

—Con mucho cariño, como no podía ser de otra forma, y convencido de que tuvimos un trabajo más llevadero de lo que han tenido posteriores promociones. Me gustaban mucho las clases de Zoología que impartía el catedrático Andrés de Haro Vera, quien procedía de Barcelona, y Fernando Galán, cate-

“Las posibilidades que ofrecen Internet y las nuevas tecnologías no son un obstáculo”

drático de Biología general, que en quinto nos explicó genética. Era una genética un tanto particular, pero su personalidad era arrolladora y su forma de explicar, utilizando la retórica científica, magnífica.

—¿Cómo era la relación con los compañeros de promoción?

—Buena. Con unos más cercana que con otros. Compartíamos muchos momentos en clase y fuera de la facultad cuando llegaba el fin de semana. Hay muchas anécdotas. Contaré una muy curiosa. Uno de nuestros compañeros, miembro del Opus Dei —se ordenó y hace unos años ejercía, no sé si seguirá allí, como sacerdote en una comunidad rural de la República Dominicana— nos convenció a bastantes para ir a la iglesia de la Clerecía a rezar por la paz con motivo de la guerra árabe-

israelí de los Seis Días. ¡Y allá nos fuimos!

—¿Dónde fijó su residencia?

—Primero viví en el Colegio Mayor San Bartolomé pero, al fallecer mi padre, mi madre se trasladó desde Valencia a Salamanca y me fui a vivir con ella. Permanecí en el domicilio familiar hasta que me casé. Durante mi juventud me gustaba ir mucho al cine, y dar paseos por Salamanca. Me apasiona viajar. Durante la carrera realizamos varias salidas al campo. Concretamente el viaje del Ecuador se transformó en una excursión a la sierra de Grazalema, para buscar plantas para el herbolario que teníamos que presentar, aprovechando una huelga estudiantil.

—Fue el primer doctor en Biología por la Universidad de Salamanca. ¿satisfecho con sus notas?

—No fui de los estudiantes excelentes, pero estaba en el cuartil superior. Durante la carrera pasé incontables horas en el laboratorio, pero por gusto personal, porque a nivel de clase teníamos muy poca actividad práctica. Me gustaban los libros pero mucho más la formación en el laboratorio. El ser el primer doctor fue resultado de un cúmulo de circunstancias que se dieron por mi intenso trabajo, apoyado por el profesor De Haro y por Georges Remaudière, del Instituto Pasteur de París, que me cogió de la mano y me dio un empujón tremendo.

—¿Hacia dónde dirigió su vida profesional cuando terminó la carrera?

—A pesar de ser el año 1970, la Universidad se encontraba en un momento de crecimiento. Por decisión del Gobierno español se invirtió una cuantía importante de dinero, mucho más que en épocas anteriores e in-

cluso que en épocas posteriores, procedente del exterior, para fomentar la realización de tesis doctorales y para incrementar las plantillas de profesorado bien formado. En mi promoción formamos parte del Plan Nacional de Personal Investigador cinco becarios. Nuestro salario entonces era de 10.000 pesetas (unos 60 euros), un sueldo digno para vivir. Pero además, el departamento al que nos asignaban también recibía la misma cantidad por nuestra formación. Hoy es algo impensable que un becario recibiera unos 1.500 euros y otro tanto el departamento en el que esté. Faltan políticas que incentiven y apoyen la investigación.

—Usted que ha seguido tan de cerca la vida universitaria española, ¿cómo ha evolucionado?

—No se parece en nada a los años en los que yo estudié. Ha cambiado tanto en relación con el número de estudiantes como en el ánimo con el que muchos acceden a la facultad. Es un error llegar a la universidad pensando en simplemente estar, y es una equivocación por parte de las instituciones permitir que los estudiantes piensen que es un estar, y no motivarles convenientemente. Falta interés y capacidad de esfuerzo en las nuevas generaciones.

—¿Y cómo ha cambiado a nivel institucional?

—Es diferente el tamaño de las universidades, la forma de conseguir financiación, su organización reglamentaria... Ha cambiado respecto a mis años como



Ficha

Carrera y promoción: Biología, 1970

Un profesor: Andrés de Haro Vera

Una comida: Un buen arroz

Un rincón de Salamanca: El centro de la Plaza Mayor

Una canción de aquellos tiempos: Las de los Brincos



VIII CENTENARIO / EX ALUMNOS ILUSTRES

universitario, pero también en relación a mi etapa en la que fui rector. A veces me pregunto si estoy en el mismo país. Como todo en la vida hay cosas que han cambiado a mejor y otras a peor. Hay aspectos de la vida socio política universitaria que yo no acabo de entender. No comprendo cómo es posible que, hace decenios, no se haya producido, ni en el Congreso de los Diputados ni en el Senado, un debate serio sobre la situación universitaria en España y sus titulaciones.

–Una universidad centenaria como la de Salamanca, ¿en su opinión que debe hacer?

–La historia de las universidades se asemeja a la historia de las naciones, no dejan de ser sociedades complejas, y no se puede pedir que haya una constante progresión. Pero todas las universidades, al igual que todos los países, deben reinventarse cada día. Quizá la sociedad española no conozca que en el primer tercio del siglo XIX todas las universidades españolas fueron cerradas, su historia sellada bajo siete candados, sus formas de proceder finiquitadas, y poco menos que se establecieron todas de nueva planta bajo el ideario liberal, preponderante en aquellos momentos en Europa. Era como si una oruga de mariposa hubiera llegado a su máxima expresión y belleza y, de repente, de un día para otro, después de unos años de inmovilidad metida en un capullo, apareciera una mariposa un tanto fea.

–¿Los españoles deberíamos conocer mejor la historia universitaria de este país?

–Los españoles deberíamos conocer mejor toda nuestra historia. En muchas ocasiones he comentado que es vergonzoso



Sobre estas líneas, el entomólogo Juan Manuel Nieto Nafra, en una salida al campo mientras realizaba el cuarto curso de la carrera. En la imagen de la derecha, el que fuera rector de León recibe la insignia de colegial del San Bartolomé.



que en los estudios universitarios no haya la más mínima alusión a la historia de la institución en la que se está cursando la carrera. Quizá esa enseñanza ahora sea difícil de meter en los llamados grados, no sé porque se decidió suprimir el término licenciado, concepto muy conocido históricamente. En la literatura, por ejemplo, hay múltiples referencias al licenciado como alguien importante y reverenciado por sus conocimientos. No estoy de acuerdo con que los universitarios desconozcan, a no ser que estén a nivel particular especialmente interesados en el tema, la historia de su institución. Resulta incomprensible que no exista la más mínima alusión a la estructura organizativa de la uni-

“Falta interés y capacidad de esfuerzo en las nuevas generaciones de alumnos”

versidad, en el presente y en el pasado, en ningún curso.

–¿Habrá futuro universitario en los próximos ocho siglos?

–Sí, las universidades tienen futuro pero siempre y cuando

los dos grupos, profesores y alumnos, trabajen en la misma dirección y con el mismo entusiasmo. La universidad se establece sustancialmente como un gremio de profesores y alumnos, y si falta alguno de estos sujetos no es posible la enseñanza. No me gustan los estudiantes que no trabajan y no muestran ilusión, y menos los que andan por los pasillos afirmando que los profesores sobran. Las posibilidades que ofrecen Internet y las nuevas tecnologías no son un obstáculo para aquellos estudiantes que no se esfuerzan y lo toman como única referencia. En los mismos términos me refiero al

profesorado

–¿Cómo fue su etapa como rector? ¿Cómo es dirigir una universidad?

–No fue complicado, porque entonces la Universidad de León era pequeña. Tenía pocos años de andadura. Además conté en mi equipo con muy buenos colaboradores, personas eficientes y competentes. Para mí fue una satisfacción el poder compatibilizar las dos facetas, la de gestor y la de profesor. A pesar de ser rector, nunca dejé de dar ninguna de las clases que yo impartía antes de tomar posesión. Pero en mi época eso no era ningún mérito. Se podía hacer. Como ya he comentado, las cosas en estos últimos años han cambiado mucho.

PERSONAJES HISTÓRICOS

Francisco Tomás y Valiente, el presidente del Constitucional asesinado por ETA

R.D.L. / SALAMANCA

Entre las figuras relevantes que han pasado por la Universidad está Francisco Tomás y Valiente, el jurista, historiador y escritor español que murió asesinado por ETA en el año 1996.

Francisco Tomás y Valiente nació en 1932 en Valencia, ciudad en la que se formó y se licenció en Derecho y en la que poco tiempo después inició su carrera como profesor. En el año 1957 defendió su tesis doctoral sobre derecho procesal histórico, obteniendo la calificación de sobresaliente “Cum Laude”, siendo reconocido con el Premio Extraordinario de Doctorado. Con un expediente excelente no es de extrañar que la Universidad de Valencia le fichara siendo muy joven, de forma que inició una brillante carrera docente en su ciudad natal pero en 1964



obtuvo la cátedra de Historia del Derecho en la Universidad de La Laguna, sin embargo, ese año se trasladó al Estudio salmantino. Contaba con solo 32 años y en esta Universidad pasó dieciséis años de su vida, hasta que en 1980 se trasladó a Madrid para incorporarse a la Universidad Autónoma. Antes se convirtió en miembro del Instituto Internacional de Historia del Derecho indiano. La Universidad de Salamanca le agradecería el trabajo realizado en la institución y fuera de ella con su investidura como doctor honoris causa en el año 1995.

Con su llegada a Madrid se produjo un gran cambio en su vida ya que fue elegido magistrado del Tribunal Constitucional por las Cortes Generales a propuesta del PSOE, renovando en 1983. Tres años después se convirtió en presidente del Tribunal Constitucional y renovó en el cargo en 1989. En ese periodo de tiempo también fue nombrado académico de número de la Real Academia de la Historia. Sus nombramientos no terminan aquí. En 1991, un año antes de que cesara como presidente del Constitucional, fue elegido miem-

bro de la Comisión de Arbitraje Internacional para la Conferencia de Paz de Yugoslavia. Compaginó su vuelta a las aulas como catedrático de Historia del Derecho con este cargo y otros que vinieron después, como miembro permanente del Consejo de Estado en 1995.

Su trayectoria se truncó en 1996 cuando fue asesinado por la banda terrorista ETA. Fue el 14 de febrero. Francisco Tomás y Valiente estaba en su despacho de la Universidad Autónoma de Madrid, y mientras hablaba por teléfono con el profesor Elías Díaz, recibió varios disparos. Su asesino fue Jon Bizenbas Arretxe, “Karaka”, que en 2007 fue condenado a 30 años de prisión por la Sección Tercera de la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional. Su muerte a manos de ETA dio lugar a una multitudinaria manifestación a la que, según los medios de comunicación de la época, asistieron cerca de 850.000 personas.

Hoy en Salamanca se le recuerda con el paseo Francisco Tomás y Valiente, situado en el corazón del Campus Universitario Miguel de Unamuno, haciendo así una clara alusión a su condición de profesor universitario. También hay un vitror en el Edificio Histórico.